

El miedo posmoderno

Ruben Vasile Ungureanu

Universidad de Zaragoza

“Es natural sentir miedo cuando, en calidad de emigrante, de alguien que asciende socialmente o de pionero espacial, uno abandona la patria que representa su modelo de comportamiento para probar suerte en un mundo distinto y extraño”.

BUDE, *La sociedad del miedo*

"Son los tiempos modernos que nos toca vivir" confesaban con desaprobación y cierta frustración aquellos herederos de Paraíso conocido como *La Mode* en aquel manifiesto del pop *dark wave* ochentero "La evolución de las costumbres". Casi cuarenta años después de su publicación, sus afilados versos parecen haber transgredido el tiempo. Pareciera ser que, más que nunca, se haya pasado de todo y se presuma de nada, que se nos haya tomado por bobos, que se recurra a los tueritos, que se hayan abaratado los genios o que se haya aplazado indefinidamente el sueño eterno al que se aspiraba. ¿Qué ocurre? En Europa, la diversidad ganó; la secularización ganó; la hiperindividualidad y el hiperconsumismo ganaron. Entonces ¿qué está sucediendo? ¿Dónde está aquel entusiasmo por los siempre venideros tiempos? ¿Por qué nos sentimos desplazados, abandonados, vigilados, dolidos, desustanciados o aterrorizados del futuro? ¿Por qué todo parece acelerado y estancado al mismo tiempo?

Para la posmodernidad, se esperó con entusiasmo el fin del terror, del hambre y de la pobreza. Una vez caído el Muro de la vergüenza, el nuevo Orden Mundial liderado por el espíritu *America First* de la policía del mundo aseguraba la superación del hombre moderno. No obstante, poco duró la euforia por la llegada del nuevo milenio. Al miedo del bug Y2K le siguió el fuerte estallido de la burbuja de las .com, que demostró la fragilidad del sistema financiero, el cual colapsaría totalmente en 2008 llevándose Occidente por delante. No obstante, en el hombre posmoderno del siglo XXI se desarrolló un problema mucho mayor, el de la otredad (Bartra, 2007).

El siglo XX fue un siglo tan terrorífico como fascinante. ¿Qué fue de los psicoanalistas, del jazz, de la caza de brujas, de Vietnam, del Dadá, del Big Bang o

del “no pasarán”? se preguntaban desesperados los 091 en el 89 de manera casi capitular a lo que respondían “ya se han quedado atrás”. Pero ¿cómo olvidar al panarabismo totalitario de los hermanos musulmanes que llevó al medioevo al pobremente descolonizado norte de África y Medio Oriente de Scheherazade y Sinbad, los jardines colgantes babilónicos, las azules rutas beduinas o los narcoestados terroristas y fundamentalistas? ¿Cómo olvidar a Mao y su cuadrilla cazando gorriones e instaurando su depravada revolución cultural? ¿Cómo olvidar el nacimiento del nacionalismo más chovinista de los antiguos países satélites soviéticos secuestrados o la hispanofobia americana amedrentada por hijos de corruptos pseudolibertadores? ¿Cómo olvidar el espionaje, la amenaza nuclear, las dictaduras americanas, el eurocomunismo, Tianmén, la Guerra del Golfo, o las Guerras yugoslavas? ¿Cómo olvidar aquellos episodios de héroes y villanos que llevaron al hombre moderno a la colaboración y al aceleramiento de la globalización en busca de paz y el bienestar, la diplomacia y la libertad? No obstante, pareciera serlo así.

Definitivamente, el ánimo que despertaba el siglo XXI era el de traer, en palabras de Hegel, el Cielo a la Tierra, un paraíso eterno poshistórico. No obstante, Hegel antevió a las tempranas democracias modernas que anduvieran con cuidado, pues sus imperios de la ley caerían desde dentro de sus murallas por negar la otredad de aquellos que no fuesen “Gobierno”, la facción dominante del momento. No de otro modo, Hegel describió al ciudadano como aquel que se armaba en contra de las propias instituciones que este mismo había instaurado e insistió en que negando al otro, que no es menos que negarse a uno mismo, jamás se podría llegar a aceptar al Estado (Solarte, 2022).

Recientemente, existen dos interesantes episodios de gran interés: el asalto al Capitolio en Washington y el asalto de la Plaza de los Tres Poderes en Brasilia. En ambos casos destaca la incoordinación de “los sublevados” que actuarían más como enjambres que cualquier masa de protestantes vista en el pasado. En el primer caso, el Tío Sam jamás habría pensado que su templo más sagrado llegaría a ser profanado no por sangrientos yihadistas o exespías de la KGB, si no por sus propios ciudadanos, por los más dogmáticos americanos que se hacían llamar liberales, conservadores y librepensadores. Pensó que las puertas de Jano de su capitolio quedarían por siempre cerradas y que todos estarían encantados de participar en su proyecto perenne. En segundo caso, el asalto brasileño por los bolsonaristas presentaría la misma metodología de protesta que la del enjambre americano, ninguna. ¿Qué ha podido llevar al hombre a comportarse tan irracionalmente en contra de su propio Gobierno, violentando los corazones institucionales de sus queridas naciones?

Posiblemente haya calado en el hombre posmoderno un fanatismo antisustancial e intensamente nihilista causa del juego de poderes, guerrillas de desinformación, totalitarismos y sentencia de muerte a los ritos, las familias nucleares y, en definitiva, el abandono de la Modernidad. Sustituida la realidad como

guía y límite de las acciones, lo mundano carecería ya de sentido incluso antes de ser olvidado y dejaría de ser lo querido, destruyendo las normas, la convivencia y las comunidades, dejando paso a una tiranía de la posverdad testarudamente narcisista. Desplazados Dios o la Razón, la pérdida de la fe no podría llevar a nada menos que a la perversión y desconexión de las relaciones intrapersonales entre los grupos. Si se hace caso a los malos augurios y damos por muertos a Familia y a Dios, únicos capaces de hacer frente al totalitarismo, uno por ser el núcleo de producción y resistencia primario ante el que ejerce el poder y otro por ser el limitante moral del ejercicio del poder, habría muerto el liberalismo trayendo la igualdad real, la nada. Como cualquier otro sistema productivo humano, este se habría acabado autodestruyendo y no será por razones materialistas, si no antisustancialistas. Y esto no sorprende. Si la medida de las cosas ha dejado de ser el hombre para pasar a ser la fugacidad del momento, ninguna acción podría ya ser medida. Cabe preguntarme ¿solo cabrá esperar a la putrefacción de nuestro Estado de Derecho y de Bienestar? (Weigel, 2005).

Aunque quizá demasiado recurrente cuando se ponen en cuestión situaciones propiciadas por la ingeniería social, *Vigilar y Castigar: El nacimiento de la prisión de Foucault* (Foucault, 1975), sigue siendo hoy día una obra excelente para comprender el porqué del comportamiento autodisciplinado de nuestra sociedad. En aquella inmortal obra, Foucault presentó al panoptismo como el modelo de vigilancia por excelencia por permitir desarrollar técnicas disciplinarias como la vigilancia jerárquica, miradas que veían sin ser vistas, o la exclusión del preso de su círculo social, lo que facilitaba el proceso de sumisión del reo al sistema. El panóptico (del griego antiguo *πάν* (pan) “todo” y *ὀπτικός* (óptico) “visible”), estructura arquitectónica carcelaria ideada por el utilitarista liberal inglés, Jeremy Bentham, de planta circular y presidida por una torre central, permitía observar a través de la luz de un gran faro a los reclusos sin saber estos que estaban siendo observados, lo que permitía aquel ejercer automático y omnipresente del poder (Foucault, 1980). Su libro le permitió refrendar su tesis acerca de que el hegemónico poder disciplinario estructuraba los límites del pensamiento y la práctica de la sociedad, lo normal y lo desviado de ella; le permitió afirmar que vivíamos en una sociedad de control en donde ejercíamos el poder, pero también lo ejercían sobre nosotros (Posada, 2004) como cristalizaciones autoclasificadas de poder autoconscientes, objetos desustanciados (Guigou, 2004).

Chul Byul-Han, posiblemente uno de los filósofos más leídos e influyentes de nuestro siglo actualiza la biopolítica y el panoptismo de Foucault y presenta en nuestra galaxia poscapitalista un mundo donde la otredad ha sido tan evitada, y la individualidad ha sido tan hiperdesarrollada, que se ha negado el propio ser, negando la historia del hombre y reduciéndola a la búsqueda por la máxima eficiencia. Han, duro crítico del proceso de digitalización de las últimas décadas, denunciaría la violencia de la comunicación institucional e industrial por incentivar a la autoexplotación en espacios de explotación de la Red propios de la sociedad

panóptico-digital, arremetiendo contra la idealización de las redes sociales, el proxenetismo de las ciberamistades y el voyeurismo de los ciberusuarios, las cuales llevan a un estado de eterna depresión producto del exceso de positivismo.

Comúnmente, la excusa dada a la desaparición de la negatividad en internet, como la desaparición de los botones de no me gusta o la posibilidad de borrar comentarios, suele ser intensamente moralista y políticamente correcta, comentarios abanderados por la lucha de la salud mental del consumidor. En la práctica, se puede intuir que es una variable menos con la que las empresas públicas y privadas no desean contar, pues los sentimientos negativos, contrariamente a los positivos, desaceleran cualquier cadena y no venden por sí mismas por su naturaleza limitadora. La comunicación digital globalista, por medio del poder de los motores de búsqueda y los algoritmos, se ha habría encargado de inmovilizarnos en el tiempo recurriendo a la repetición de lo igual, lo conocido, en su búsqueda del consumidor perfecto. A uno le queda entender que las políticas de la Red rechazan la alteridad y la otredad y sirven al consumidor como garantía de su egolatría, por lo que no es de extrañar que la “libertad de consciencia” narcisista, producto acumulado de una racionalidad positivizada no finita que creemos ex nihilo, levante no solo sospechas si no recelo, ira o miedo. Limitado el horizonte de experiencias de los usuarios, solo queda esperar que estos queden atrapados en un bucle de autopropaganda del yo inhibidor de las nociones naturales.

Esto habría producido un consumidor aterrado de la temporalidad presa de las comparaciones, pues contrariamente al logos, lo calculable siempre se presenta en un mismo plano unidimensional y unidireccional, originando un mundo superficial. Ciertamente, Han crítica a las políticas de homogeneización disfrazadas sutilmente como políticas a favor de la “diversidad”, esto es, el ataque contra el derecho a la otredad y la alteridad y la perversión de la pluralidad como coleccionismo fetichista, quizá por su temor a agotar la sustancia occidental -si es que aún pervive- o quizá por fragmentados anhelos nostálgicos.

Por su parte, hoy día ya no resulta tan polémico hablar sobre la existencia de agencias o proyectos de ingeniería social. Su existencia ya no supone un misterio y muchas de sus metodologías tampoco. Los conocidos como grupos de presión han sabido promover situaciones legislativas, contractuales y desestabilizantes en pro de sus intereses, pudiendo obtener el control indirecto del poder a través de los *Policy Makers*. El desarrollo estratégico de las instituciones *think-tank* ha posibilitado podido legitimar políticas socialmente controvertidas como la ley del aborto o el más reciente uso de las mascarillas y las campañas de vacunación, incentivadas por el vocablo belicista e los medios (Báez, 2021). Tales movimientos han sido posibles debido al desplazamiento de la razón de las partes racionales de los ciudadanos e incidiendo en su espectro emocional. Paradigmas como el de la Ventana vertical de Overton, el Principio de unanimidad de Goebbels, la Gradualidad de Timsit o el Consumismo artificial de Bernays han encontrado su *mare Nostrum* en la Red debido a la inocencia de los cibernautas (Altis, 2022). Son tiempos pues de deriva

informativa y cultural, propios de la era de la posverdad, en los que aparecen profetas cada poco tiempo pregonando la verdad con el poder omnipotente de los datos y de los gráficos manipulados. En palabras de Byung Chul-Han, hoy día “se desmonta la realidad y se totaliza la ficción” (Han, 2014; nombrado por Saeteros; Losada; Moreno; Estrada; Baene, 2022).

Alejándome de cualquier comentario no constructivo y cuñadísimo ¿Nos han vuelto más dóciles al cambio? Mary Brown, en *El pueblo sin atributos* habla de un paso del hombre político, el hombre moderno, al hombre económico, el hombre del Neoliberalismo. Según ella, el hombre moderno habría sufrido un proceso de capitalización total. No solo la Red, la Realidad se habría transformado en un gran mercado competitivo donde la idea original, la del intercambio, habría quedado obsoleta, siendo superada por aquello volátil, disruptivo, especulativo y rentable (Brown, 2017). Pareciera ser que el estado neoliberal hubiera entendido que, si todos queremos ser emprendedores y ganadores, la igualdad no es más que un proyecto caduco e innecesario de sostener -*only one is able to be the winner*-, lo que ha vuelto a nuestras democracias una batalla campal donde solo unos pocos señores de la guerra debiesen quedarse con el botín. Esto explicaría por qué los estados, entes teóricamente sin ánimo de lucro, se hayan volcado en favorecer a los protagonistas de los mercados privados volviéndose su principal cliente. Lo que vivimos pues sería el drenaje del propósito de ser de los Estados, quienes derivan y minimizan verticalmente sus responsabilidades, pues su objetivo ya no es el bienestar de la población, si no solo el crecimiento económico.

Heinz Bude, en *La Sociedad el Miedo*, destaca la habilidad del miedo de alejar al uno de los otros -grupo heterogéneo- y acercarlo a un grupo de nosotros -homogéneo-, acercándose a aquella idea de sociedad de control tanto de Deleuze como de Foucault. De su lectura, uno puede concluir que el miedo impide a los estados alcanzar la máxima productividad y el mayor rendimiento o en el peor de sus casos, que la población se ponga en contra suya y que, por tanto, estos han destinado inmensos recursos a la integración social de los ciudadanos con el fin de mantener el sistema vigente, movimientos que aparentemente lo cambien todo para no cambie nada. Por su parte, esa integración parece no estar condicionándose por la posibilidad de ascenso en la escala social, si no por la exclusión de esta en una época donde es muchísimo más fácil resbalar, precipitarse y hundirse en el lodo de la nada social, llevando a los ciudadanos al plano paranoico por su hipotética pérdida de seguridad ontológica. Nadie quisiera verse humillado como un perdedor aislado, ideas cercanas a la teoría de la Sociedad del Riesgo de Beck. Según Bude,

“[...] hoy se quiere ni vivir para trabajar ni trabajar para vivir, sino encontrar tanta vida en el trabajo como sea posible y tanto trabajo en la vida como sea necesario. Uno se preocupa de los apegos, del sexo, del atuendo y la presencia, del reto profesional, del atractivo erótico y de la buena forma física. Eliminar los límites, llegar a ser uno mismo, flexibilidad y creatividad describen la praxis vital de una intensificación guiada desde fuera en la que la euforia se transforma de golpe en sensación de vacío”.

El problema de ese miedo, el cual considera más propio de aquellos supervivientes de clase media que año a año ven diezmar su población debido a la automatización, parece aparecer cuando lo que él denomina “expectativas estandarizadas” se topan con las “realidades no estandarizadas” debido a que hoy día, el rendimiento ya no garantiza todo fuera de lo académico, si no el éxito. Mientras, las financieras, las tecnológicas o energéticas multiplican por diez sus beneficios hasta alcanzar cifras que rozan el presupuesto nacional de medianos países. Cada vez parece haber menos para aquellos mortales y más optan a ello, lo que habría conducido al odio y la envidia entre iguales, inculcando el hábito de la optimización a los ciudadanos y la selección forzada de aquello únicamente “positivo”. Estaríamos tan pendientes de escoger siempre las mejores decisiones en nuestra vida que nos olvidaríamos de estar viviéndola, todo por no acabar donde aquellos que nos “resultan sobrantes”. Sin embargo, si nos alejamos de ese “miedo a la infravaloración” de Theodor Geiger y que cita Bude que nace de la insatisfacción a no ser reconocido como parte del rango social al que debería legítimamente pertenecer y que impide mirar por encima del hombro al otro, resulta muy preocupante que cada vez menos ciudadanos puedan optar a una póliza de seguro o a una pensión privada debido a sus irrisorios salarios, más en una época donde indudablemente se está destruyendo el Estado de Bienestar, la Sanidad y la Educación pública. Posiblemente, uno de los pensadores que mejor comprendieron la nueva sociedad hipermoderna o posmoderna -llámase como sea- fuera Bauman. A mi pesar, es difícil no ser cercano a su ética y no ver un futuro hostil y deprimente pese a guardar ciertas esperanzas por el devenir. En su obra póstuma *Retrotopía*, Bauman (Buman, 2017) describe con acierto las extravagancias de nuestro mundo. Pareciera ser que nuestro mundo hubiese pasado de ser un puzzle con ciertas piezas que debían encajar a ser un gran collage de recortes de revistas atemporales pegadas unos sobre otros. *Retrotopía* es un vistazo al pasado de los temerosos por el futuro, buscando la estabilidad y seguridad que nuestro líquido, casi gaseoso futuro no nos promete, aunque solo recordando lo bueno de aquel pasado. Me cabe pensar que vivimos en una sociedad frenética, discontinuamente fragmentada y absolutamente fanatizada (Borda, 2015).

Durante la primera semana de enero de 2023, decidí publicar una encuesta en la que planteaba breves reflexiones del 1 al 10 siendo 1 “No estoy de acuerdo” y 10 “Estoy muy de acuerdo” (Ungureanu, 2023). Debido a la escasa muestra y su homogeneidad, consideraré los datos de esta investigación cuantitativa complementarios al marco teórico y no inversamente como es costumbre.

La encuesta, con un total de 58 preguntas y que estuvo abierta durante 3 días, tuvo la participación de 59 personas, un 78% jóvenes de entre 17 y 23 años y un 22% de adultos entre los 24 y los 35 años, siendo la mayoría joven académicos y

de izquierdas y los adultos, mayores de 35 trabajadores de centroderecha. En una pregunta de selección múltiple, un 35,6% se consideró “de izquierdas”, un 18,6% “de centro” y un 15% de “derechas”. Un 13,6% de definió como “socialdemócrata”, un 17% como “antifascista” Un 10% de consideró “apolítico o equidistante”, un 8,5% “liberal-progresista”, un 5% “liberal-conservador” y unos pocos “tercera vía”, “marxistas-leninistas”, “maoístas”, “trotskistas” y “nacionalistas”. Un 17% decidió “no responder”. Un 65% de la muestra respondió no creer en ninguna religión monoteísta o politeísta, siendo el 35% restante creyente.

A las preguntas “Solo la ciencia empírica puede dar respuestas objetivas” y “vivimos en la posmodernidad”, más del 85% de las respuestas afirmaron estar de acuerdo o muy de acuerdo con el enunciado. En menor medida sucedió algo parecido con los enunciados “No necesito todo lo que tengo”, “Tengo miedo de no encontrar nunca un trabajo que me permita hacer todo lo que quiero”, “Quiero viajar por todo el mundo”, “La ciencia nos salvará”, “Hace falta más seguridad en las calles”, “Todo va demasiado rápido”, pues se concentraron muchos a favor o muy a favor, pero existía en estas siempre una pequeña polarización “No estoy de acuerdo” que contrastaba con la masa favorable.

Contrariamente, los encuestados negaron que “El humanismo haya muerto”, que “la vida era mejor antes”, que “un mundo feliz sería uno donde todos fuésemos totalmente iguales”, que “la convivencia entre grupos culturales desemboca en conflictos tarde o temprano”, que fuese justo que en el trabajo “se espere anteponer la vida profesional a la vida privada” o que publicasen “solo la parte bonita de su vida en redes sociales”. También casi con unanimidad se negó iniciar relaciones solo por interés, el miedo a parecer pobre, que las apariencias lo eran todo, que el gobierno dijese la verdad o toda la verdad, el miedo a que lo publicado en redes sociales pudiese afectar a su futuro o que ya no creían en nada o nadie.

En el limbo estadístico se estancaron varios enunciados como “Hago todo rápido, siempre estoy ansioso”, “El futuro es negro”, “La sociedad me ha hecho daño” “Estoy cansado de todo”, “A veces creo vivir en una distopía”, “La historia siempre se repite”, “Me siento solo” y “Me siento vigilado”, es decir, aquellas más comprometidas. Los resultados de la encuesta, teniendo en cuenta el limitado número de participantes, podrían hacerme creer que quizá no vivamos en una horrible distopia totalitaria. No obstante, tampoco puedo permitirme ser tan optimista como Leibniz y pensar que este es *le meilleur des mondes possibles*, como tampoco lo parecieron pensar Ballester, Zancajo y Gil. Dos años antes de la publicación de *La evolución de las costumbres*, en la canción *La cólera* del álbum 1984, La Mode ya anunciaba que “Hoy todo el mundo es gente buena y sufrir va contra las moda” -que cada uno entienda esta afirmación como le convenga-.

Además, según la encuesta, las 60 personas, de las que muchas son jóvenes, opinan que haría falta más seguridad en las calles, pero al mismo tiempo, la mitad de ellas se siente vigilada y en su totalidad creen que el Estado (al ser los participantes una variable nacional me abstendré de generalizar) les está contando

solo parte de la verdad o que les está mintiendo. Esta paradoja es de gran interés y será posiblemente tratada en un estudio posterior debido a lo escueto que este ensayo debe ser.

Conclusiones

Tras haber presenciado la dolorosa muerte del arte del diálogo, de la intimidad y de demás situaciones mencionadas en este breve ensayo, cabe refutar si realmente vivimos aterrorizados en una sociedad panóptico-digital debido a la comunicación administrativo-industrial. En primer lugar, creo que sería correcto afirmar que vivimos en una sociedad panóptico-digital. El miedo a la soledad y la imposibilidad de reservar la intimidad debido la transparencia nos han agregado un exceso de positivismo que solo podemos autocontrolar como presos modelos que queremos ser sacrificando actitudes humanas como lo contemplativo, la otredad o la alteridad, alimentando esta sociedad panóptica dominada por las pantallas. Si bien es cierto que existen ejemplos mucho más evidentes de sociedades panóptico-digitales como el caso de países totalitarios como China y su sistema de crédito social, el *Dataveillance* nos ha puesto a los europeos en una situación comprometida. Millones de dólares al año son invertidos en desinformación e ingeniería social que acaban intoxicando e inmunizando a los ciudadanos en esta cárcel globalizada y a sus respectivos estados, y grandes volúmenes de datos privados que prometen su anonimato se venden a grandes conglomerados e instituciones provocando nuestra paranoia y situaciones de discriminación. Cada vez se dan más casos de personas a las que se les niega un seguro porque los algoritmos y los datos comprados a una farmacéutica o Estado las señalan de ser más propensa a desarrollar una enfermedad, faltando al juramento hipocrático por una parte y jugando sucio. Por mencionar otro ejemplo más, la Red también permite rastrear el geoposicionamiento de cada usuario, lo que les permite a gobiernos mantener a los disidentes controlados.

Si se da un paso más allá y afirmara que vivimos aterrorizados, me haría falta recurrir a ser ciertamente flexible. Si uno considerase una sociedad distópica aterrada del mismo modo que Orwell, me resultaría difícil refrendar mi tesis debido a que el cielo no es rojo, las casas no están pintadas de negro, las gabardinas ya no se llevan y la gente no huye despavoridamente por las calles, pero desde ángulos sociológicos como el de Han y Bude, puedo ratificar que predominan miedo o fobia máximas que nos vuelven irracionales, pero estos como producto intrínseco propio de uno mismo de quién vive en sociedad del autocontrol, no como sugestión, por lo menos no directamente. Más bien, sería el miedo a ser desechado por no rendir lo suficiente para el sistema, sea por falta de atributos destacables o sea por simple ineficiencia, al fin y al cabo, la eficiencia suele descartar a muchos por el camino de la innovación y el desarrollo. Si, además, el rezagado no tiene una familia a la que

acudir o una comunidad que la acompañe, debido a la abolición de la familia, de los espacios religiosos o de la hiperindividualización, es normal que prácticamente de forma inconsciente se tema y se desconfíe de cualquiera, lo que nos lleva a alejarnos aún más de nuestras comunidades y a obsesionarnos con nuestra labor productiva, que generalmente lleva a la autoexplotación de cada individuo. Al mismo tiempo, los espacios formativos y críticos como las universidades, espacios dónde se debería madurar, se patrocina el paternalismo y la sobreprotección que para nada existe en el mercado y que vuelve a los impacientes jóvenes perpetuos temerosos y ansiosos hombres del mañana obligados a conocerse interminablemente a uno mismo en un mercado que se recicla continuamente. Definitivamente, impera el miedo, a pesar de que externamente, en la superficie, este esté bañado de un exceso de positivismo.

Queda entonces preguntarse si son causantes del miedo las instituciones y la industria. Primero, uno debe entender que los Estados ejercen el poder en nombre del imperio de la ley, que no es otra cosa que violentar los derechos bajo amenaza para coaccionar a la gente de no hacer aquello que consideramos como sociedad inmoral o malévolo, lo cual todos consideramos justo. Es aquel miedo “no estructural” manipulado de las instituciones el que se debe considerar antidemocrático por velar solo los intereses de ciertos grupos y como se ha visto, esto es cada vez más común y posibilita ensanchar la ventana de Overton, volviendo paranoicos a los ciudadanos. Por lo que sí, los poderes y las instituciones estarían en parte sometidos a élites poderosas colaborando en esa coacción, por ejemplo, fomentando la venta o la compra de armas o regulando normativas que beneficiarían a mercados que en circunstancias normales no serían atractivos como las renovables. Por su parte, la industria no posee ninguna potestad para ejercer ningún terror, pero haciendo una sencilla regla de tres, si en nuestro sistema capitalista el mercado se antepone a la soberanía nacional la cual está comprada muchas veces por poderosas familias dueñas de conglomerados que operan en prácticamente todo el mundo como los Rockefeller o los Rothschild y que son capaces de financiar estudios y abogados habidos y por haber, uno cabe intuir la existencia de estrechos vínculos y la colaboración a la hora de ordenar el mundo por medio de la comunicación, culturizando y a la vez volviendo un producto a aquello a lo que llamamos el miedo.

Bibliografía

Actis, E. (2022). La era de la globalización de riesgos. *CEBRI-Revista: Brazilian Journal of International Affairs*, (2), 91–111.

Báez González, Andrea (2021). Metáfora conceptual y manipulación en el tratamiento periodístico de la pandemia.

Bartra, Roger (2007). Territorios del terror y la otredad. Editorial Pre-textos

ISBN 9788481918403

Bauman, Zygmunt (2017). Retrotopia. Editorial Paidós. ISBN 9788449333224

Borda, L. (2015). Fanatismo y redes de reciprocidad. *La trama de la comunicación*, 19(1), 67-87. Brown, Wendy (2017). El pueblo sin atributos. La silenciosa revolución del neoliberalismo.

Bude, Heinz (2018). La Sociedad del Miedo. Editorial Herder. ISBN 9788425438417.

Clásicos con J. A. (2021). Política sin dios – George Weigel. *[Vídeo]*

Clásicos con J. A. (2021). Aleksandr Solzhenitsyn – Alerta a Occidente *[Vídeo]*

Clásicos con J. A. (2021). Contra la manipulación de la izquierda – Javier Giral Palasí *[Vídeo]*

Clásicos con J. A. (2022). Jean François Rebel - La tentación totalitaria *[Vídeo]*

Clásicos con J. A. (2022). Juan Donoso Cortés - Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo *[Vídeo]*

Clásicos con J. A. (2022). Juan Ramón Rallo – Liberalismo *[Vídeo]*

Clásicos con J. A. (2022). Lev Shestov - Potestas Clavium. El poder de las llaves *[Vídeo]*

Clásicos con J. A. (2021). Marc Fumaroli – El Estado cultural *[Vídeo]*

Clásicos con J. A. (2021). Sebastián Porrini – El sacrificio del héroe *[Vídeo]*

Claudio Alvarez Terán (2017). Cultura posmoderna. *[Vídeo]*

Claudio Alvarez Terán (2018). Hiperculturalidad - Byung Chul Han. *[Vídeo]*

Claudio Alvarez Terán (2018). La salvación de lo bello - Byung Chul Han. *[Vídeo]*

Claudio Alvarez Terán (2018). La sociedad de la transparencia – Byung Chul-Han. *[Vídeo]*

Claudio Alvarez Terán (2020). En los límites de lo posible. *[Vídeo]*

Claudio Alvarez Terán (2021). ¿Por qué trabajamos tanto? - James Suzman. *[Vídeo]*

Claudio Alvarez Terán (2021). La desaparición de los rituales – Byung Chul-Han. *[Vídeo]*

Claudio Alvarez Terán (2021). No cosas - Byung Chul-Han. *[Video]*

Claudio Alvarez Terán (2021). Retrotopia – Zigmunt Bauman. *[Video]*

Claudio Alvarez Terán (2022). ¿Por qué no es posible ninguna revolución? – Byung Chul Han. *[Video]*

Claudio Alvarez Terán (2022). El siglo de la Soledad – Noreena Hertz. *[Video]*

Claudio Alvarez Terán (2022). El trabajo no te amará – Sarah Jaffe. *[Video]*

Claudio Alvarez Terán (2022). Infocracia – Byung Chul-Han. *[Video]*

Claudio Alvarez Terán (2022). La era del vacío – Gilles Lipovetsky. *[Video]*

Claudio Alvarez Terán (2022). La pérdida de la ambigüedad – Thomas Bauer. *[Video]*

Claudio Alvarez Terán (2022). La pérdida de la ambigüedad. *[Video]*

Claudio Alvarez Terán (2022). La Sociedad del Miedo – Heinz Bude. *[Video]*

Claudio Alvarez Terán (2022). Los bárbaros. Ensayos sobre la mutación – Alessandro Baricco. *[Video]*

Claudio Alvarez Terán (2022). No sociedad – Christophe Guilluy. *[Video]*

Claudio Alvarez Terán (2022). Piscopolítica – Byung Chul-Han. *[Video]*

Claudio Alvarez Terán (2022). Todo corre prisa – Byung Chul-Han. *[Video]*

Foucault, Michael. (1980). El ojo del poder. Jeremías Bentham. El Panóptico. Barcelona: Ed. La Piqueta.

García, Litza Jiménez; Dorantes Montoya, Ana Paula; Lizalde, Adriana Lizalde (2020). Beauty Obsession. EAE Business School.

Guigou, L. N. (2004). Rehaciendo miradas antropológicas. Acerca de prácticas y sujetos.

Jaffe, Sarah (2021). Work Won't Love You Back: How Devotion to Our Jobs Keeps Us Exploited, Exhausted and Alone. Traducido como “El trabajo no te amará”. Editorial C Hurst & Co Publishers Ltd. ISBN 1787384640

Posada, J. E. M. (2004). Vigilar y castigar tras la mirada de Foucault. Hojas Universitarias, (55), 32-40.

Saeteros Pérez, T. I.; Losada Suárez; D. A., Moreno, Galindo; E., Estrada Barrero, D.; & Baene Ortiz, J. C. (2022). La sociedad del distanciamiento: una mirada desde el pensamiento de Byung-Chul Han.

Srnicek, Nick (2018). Capitalismo de plataformas. Caja negra editorial. ISBN 9789871622689

Veres, Luis (2007) La retórica del terror: sobre lenguaje, terrorismo y medios de comunicación. Ediciones de la Torre. ISBN 9788479603755

Watzlawick, Paul (2003). El arte de amargarse la vida. ISBN 9788425431890

LEWIS. C.S (2007). La abolición del hombre. Editorial Encuentro. ISBN 9788474908725

Weigel, George (2005). Política sin dios: Europa, América, El cubo y La Catedral. Editorial Cristiandad. ISBN 9788470575099

Ungureanu, Ruben Vasile (2023). BREVE ENSAYO ACADÉMICO SOBRE LA COMUNICACIÓN ADMINISTRATIVO-INDUSTRIAL POSMODERNA ¿Por qué vivimos aterrados en la sociedad panóptico digital? – CUESTIONARIO. Disponible en:
<https://docs.google.com/spreadsheets/d/1UDnidNA94UJqffrMWnVuwnN3ulZMGW5RttyBCydw3bfw/edit?usp=sharing>